

LA SEPARACIÓN DE LOS AMANTES

una fenomenología de la muerte

por
IGOR A. CARUSO



**siglo
veintiuno
editores**

MÉXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA

I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Una de las experiencias más dolorosas para el hombre —quizá la más dolorosa— es la separación definitiva de aquellos a quienes ama. En realidad esta vivencia no es ajena a ninguno de nosotros y puede provocar —según la historia vital individual y el troquelado caracterológico— un incremento de la rebeldía o de la resignación. Nuestro último consuelo estriba en el carácter efímero de todo lo existente, incluyendo la presencia del ser amado. Esta comprobación, como todo lugar común, generalmente no se estudia a fondo, no se examina su contenido de verdad ni la imperiosa necesidad de su existencia. Sólo en el último grado de desesperación surge en nuestro fuero interno la pregunta carente de respuesta: “¿era necesario?” “¿Por qué tenía que sucederme a mí?” Las filosofías y religiones ya tienen respuestas preparadas que nos sirven de escudo en los momentos de peligro, cuando pugna por surgir la amenazante pregunta sobre el sentido de esta pérdida. No nos damos cuenta de que, precisamente por ello —porque la respuesta constituye un lugar común y sólo se utiliza *ad hoc*—, la respuesta misma debería ponerse en tela de juicio.

De acuerdo con la meta que nos hemos propuesto en nuestro estudio sobre la separación, solamente nos hemos ocupado de un complejo de problemas. Esto es, nos proponemos no perder de vista los aspectos fenomenológicos, psicoanalíticos y antropológicos de la separación de los seres que se aman. Como paradigma de tal separación de los que se aman podríamos buscar ejemplos en la desaparición de los hijos, de los padres, de los hermanos y de los amigos. Para no pecar por exceso y para lograr observar el fenómeno de la separación como a través de una lente de aumento, hemos preferido limitarnos al estudio de la separación de los *amantes*, en el sentido estricto de la palabra. Nos hemos preocupado por estudiar una condición humana en la que el “premio de placer” perdido es muy grande y, por ende, la frustración especialmente dolorosa. El objeto de investigación escogido es el que mejor se presta para expresar la fenomenología de la separación amorosa; por sí solo muestra claramente el carácter apasionado e instintivo, es decir, primario, de una catástrofe humana, una catástrofe que, a diferencia, por ejemplo, de separaciones infantiles tempranas, pone en funcionamiento los mecanismos de defensa y la elaboración consciente por parte de un ser humano “adulto”.

Así, pues, queremos estudiar aquellos hechos de la praxis psicoana-

lítica que se refieran a la separación “forzosa” del hombre y de la mujer que se aman; la palabra “forzosa” está colocada entre comillas puesto que, si bien la separación puede ser escogida “libremente”—por consideración a las reglas morales, las convicciones religiosas, las situaciones sociales, las prohibiciones legales y otras más—, sin embargo, la aceptación de estas razones obligantes se pone en duda precisamente por el conflicto interno, y, a despecho de toda elección libre, contradictoriamente ésta se resiente como una compulsión.

Es sabido que muchos amantes liquidan con el suicidio el hecho de la separación. Se objetará que en estos casos se trata de individuos neuróticos o psicópatas. Este juicio *a posteriori* no puede encubrir el hecho de que la separación amorosa conduce a la pareja a una catástrofe única, que ya “tiene algo que ver” con la muerte y que quizá son precisamente los “psicópatas” y los “neuróticos” quienes no están en condiciones de defenderse del carácter mortal de la catástrofe. Y veremos cómo la separación amorosa y la muerte son cómplices; la primera se nos presentará como precursora y símbolo de la última. *Estudiar la separación amorosa significa estudiar la presencia de la muerte en nuestra vida.*

Debemos admitir que valdría la pena estudiar por qué y cómo la dolorosa y mortal separación de los amantes ha llamado tan poco la atención de los psicoanalistas. Desde hace milenios la literatura se alimenta de este tema. No así los escritos psicoanalíticos, que solamente cuentan con algunos decenios. Suponemos que allí se deja sentir la influencia del espíritu dominante de la época en la que nació el psicoanálisis, la influencia de ciertos rasgos moralistas y legalistas del psicoanálisis oficial, que, a pesar de sus esfuerzos revolucionarios, con frecuencia parece estar, en la praxis, del lado del “principio de rendimiento” social [Herbert Marcuse, *Eros y civilización*, Joaquín Mortiz, México, 1965]. A partir del estimulante estudio de Herbert Marcuse sabemos con seguridad que tampoco el psicoanálisis, que cree servir al principio de realidad, puede abstraerse de la correspondiente forma social de dominación y así, sin saberlo, puede estar al servicio del sistema represivo de esa dominación con su moral y sus prejuicios. En este punto los poetas son, pues, menos conformistas que aquellos psicoanalistas que se creen llamados a “normalizar”, a “adaptar” y a “enderezar”. A pesar de todo, los fantasmas neuróticos no son solamente regresivos; en su núcleo son revolucionarios, puesto que ofrecen un sustituto de una “realidad” inhumana.

El silencio de la literatura psicoanalítica sobre la separación amorosa es tanto más sorprendente cuanto que el dolor producido por ella corresponde a uno de los más terribles que podamos soportar, si acaso lo podemos soportar como seres “normales”. No en vano todos los mitos religiosos de la humanidad han equiparado el estado idealmen-

te representado de dolor "absoluto" después de la muerte física del hombre pecador, con una total separación del objeto de amor. El reino de las sombras, el infierno, es el lugar de la disociación, de la ausencia, de la separación perpetua y sólo a los dioses o a los semidioses les está permitido, superando las leyes de la existencia, descender a este reino para liberar a los amantes y esperanzados. En la representación cristiana de la condenación eterna se ha hecho del dolor ocasionado por la separación de los amantes (o sea, del hogar del amor absoluto personificado en Cristo) y de la desesperación surgida de allí la esencia propia de la condenación. Y no es por casualidad por lo que precisamente haya sido en el cristianismo donde espíritus audaces se hayan negado persistentemente a considerar que ese dolor esencial sádico-ideal sea compatible con la religión del amor. Desde Orígenes hasta Teilhard de Chardin se ha anunciado la promesa de la bienaventuranza eterna para toda creatura, cifrándola en el regreso de todo amor enajenado y dividido a los amantes. Podemos comprobar que la utopía secularizada muestra aquí menos atrevimiento: aun el marxismo, que atribuye toda enajenación al *status* social, no afronta suficientemente aquella enajenación "biológica" —y definitiva— de la muerte que —supuesto que "todo" pasa— está ofreciendo la coartada para la separación forzosa en el amor.

Así, pues, queremos circunscribir con más precisión el objeto de nuestro ensayo.

a) *Separación de personas que aún viven*

De lo dicho anteriormente se deduce que no nos ocuparemos aquí propiamente del duelo producido por la muerte *física* del ser amado. Puesto que para los conformistas la muerte no parece ser inmoral (lo que tendría que probarse), la sociedad está dispuesta más bien a realizar estudios sobre *el duelo por la muerte física*. Los escritos psicoanalíticos científicos también ofrecen tales estudios.¹ En este ensayo

¹ Los mejores y más audaces son los de Sigmund Freud (especialmente en *Trauer und Melancholie*, 1917, *G. W.*, x. *Aflicción y melancolía*, B. N., II); entre los últimos y más interesantes trabajos sobre el duelo están los de Daniel Lagache ("Deuil pathologique", en *La psychanalyse*, II, 1917, pp. 45-74) y John Bowlby ("Processes of Mourning", en: *Internat. J. of Psycho-An.*, XLII, 1961, 4-5, pp. 317-340). [En adelante citaremos las obras de Freud por su título alemán y la edición definitiva en 18 volúmenes: *Gesammelte Werke*, Imago Publishing, Londres; después daremos el título español y la referencia a la versión de Luis López Ballesteros de las *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948, 2 volúmenes (B.N.), salvo para aquellas obras que no están incluidas allí y han aparecido únicamente en la edición de la editorial Santiago Rueda, Buenos Aires, 23 volúmenes, traducción de Ludovico Rosenthal (S.R.). De las otras obras citadas en el texto de las que hemos podido encontrar versión española citaremos únicamente la traducción y no el original. (T.)]

se utilizarán numerosos trabajos de esta índole o de índole semejante; pero a pesar de lo mucho que nos han aportado estas obras no trataremos el *tema del duelo por muerte física*. El tema de la separación como *irrupción de la muerte psíquica en la vida de dos seres humanos* que deben vivir en el horror de esta muerte porque tienen que sobrevivirla nos parece más pregnante y paradójico que el de la "elaboración del duelo", ya estudiado por los psicoanalistas.

b) *Separación de personas que aún se aman*

Dijimos que no se trata en nuestra exposición de casos propiamente de duelo, esto es, de la separación ocasionada por la muerte física, pero nuestro tema sufre otra reducción fundamental. En efecto, no se trata tampoco de la extinción lenta de lazos mantenidos durante largo tiempo, como la representada por la disolución progresiva de una vida en común, con la consecuente separación o divorcio por cansancio y desaliento. Naturalmente los límites de nuestro tema particular sólo pueden señalarse difícilmente y en forma imprecisa. También en la separación forzosa de los amantes, en la cumbre hipotética de su amor, existe ya el germen del desprendimiento mutuo, de lo contrario no tendría lugar una separación. Sin embargo, la problemática del dolor y la defensa contra él, en las relaciones amorosas que mueren poco a poco y que desembocan en una separación, es muy diferente de la nuestra, en cierto modo inversa. Esta última se expresa como sigue: ¿qué sucede con los dinamismos psíquicos y las fuerzas defensivas en la separación forzosa y "súbita" de los amantes, realizada mediante un "esfuerzo de voluntad" por "razones objetivas" en el momento cumbre, quizá aparentemente sólo, de las relaciones amorosas? El extrañamiento lento tras el "distanciamiento mutuo" es un largo y penoso proceso, comparable a una enfermedad crónica, caracterizado por una fricción mutua que encuentra en el divorcio su término social. En nuestra exposición, por el contrario, debe pensarse más bien en aquel doloroso proceso abortivo en el cual el verdadero "alejamiento recíproco" y el olvido ligado a él tienen lugar apenas *después* de realizarse la desesperada separación.

A pesar de la delimitación entre la teoría del duelo y nuestro objeto de estudio, encontramos en el psicoanálisis numerosas alusiones indirectas para la interpretación de nuestro tema. Utilizaremos bastante todas esas hipótesis y resultados y ellos contribuirán a esclarecer más nuestro problema. Sin embargo, es asombroso el hecho de que la interpretación psicoanalítica de la separación —incluso la separación por muerte física, que es la única que ha sido estudiada detenidamente— es, en general, muy conformista, puesto que, si el duelo no permanece dentro de límites bastante estrechos, es declarado "pa-

tológico" sin más. *El dolor producido por la separación es, en última instancia, un dolor narcisista.* Ahora bien, en la praxis psicoanalítica se ha generalizado la consideración del narcisismo como algo "negativo". Si bien es cierto que Freud descubrió la dosis de narcisismo primario presente en cada uno de nosotros, y si bien es cierto que también descubrió que un trauma determina una reorientación hacia el narcisismo secundario, sin embargo, considerada desde este aspecto, la separación, y muy especialmente el dolor por la separación amorosa, aparece como algo "inmaduro" y, por tanto, como algo que debe ser resuelto mediante el psicoanálisis. Desde Freud hasta el psicoanálisis actual se puede apreciar cierto estoicismo, visible como hilo rojo, particularmente bienvenido para el orden social. Esta actitud es desfavorable para la apreciación crítica del problema de la separación amorosa. No se advierte lo suficiente que el fenómeno de la separación amorosa debe ser tan complejo como son complejas las personas que se separan y que esta complejidad no puede juzgarse fuera de la sociedad histórica en que viven, con sus exigencias, prohibiciones y tabúes. A esto se agrega que la vida privada de Sigmund Freud —honesta, manifiestamente monogámica y ejemplarmente burguesa— ha sido convertida en modelo por generaciones de psicoanalistas; así fomentado, el moralismo inconsciente sólo podrá conducir a la inhibición del estudio antropológico de la separación amorosa. Algunos autores (como Erich Fromm) por el contrario encuentran en la vida amorosa de Freud una neurosis severa. Pero no basta con poner en tela de juicio una figura considerada como tabú para que con ello se enuncie algo de valor sobre los tabúes. Dicho sea de paso: si bien Freud no nos ofrece en su biografía ningún punto de apoyo para estudiar el problema de la separación amorosa, sus separaciones de amigos y discípulos, en cambio, serían dignas de estudio. Freud sufrió estas separaciones en varias ocasiones; recordemos las rupturas con Breuer, Wilhelm Fliess, Jung y otros, vividas por él en forma dramática y especialmente dolorosa. Sin embargo, incluso sobre estas separaciones de amigos y discípulos sabemos muy poco, pues también aquí operan poderosos tabúes, y la biografía monumental de Freud realizada por Ernest Jones —con todo su valor indiscutible— parece más bien la presentación de la vida de un santo. [Ernest Jones, *Vida y obra de Sigmund Freud*, 3 tomos, Nova, Buenos Aires, 1959-1962.]

En esta tradición de estoicismo y de resignación burguesa, el duelo "exagerado" tras la muerte física fue considerado ya, con mucha frecuencia, como psicótico o al menos como neurótico. ¡Cuánto más, pues, el duelo por un amor malogrado!

c] *La separación dentro de nuestro marco cultural*

Queremos anticipar además que nuestro estudio sólo es válido dentro de nuestro marco cultural y para nuestra situación histórico-social. Su objeto —la separación— debe ser comprendido históricamente y no de una manera esencialista (a partir de la “naturaleza” del hombre). No se afirma, pues, que la separación entre amantes adopte en otras condiciones socioculturales las mismas características y, sobre todo, no queremos afirmar que necesaria y permanentemente ella deba manifestarse en forma idéntica.

d] *Separación definitiva*

Una delimitación más de nuestro objeto de estudio la constituye el hecho de que nos ocupemos, ante todo, de aquellos casos en los cuales la separación entre los amantes se prolongó por largo tiempo —prácticamente en forma definitiva. Así, pues, sólo excepcionalmente fueron tenidas en cuenta aquellas separaciones caracterizadas por reanudación de los lazos amorosos, por nuevas separaciones y, por tanto, por una pérdida progresiva de lo propiamente trágico. Los problemas que nos interesan son menos manifiestos en estos casos que en los de separación radical: en estas situaciones poco claras se llega precisamente a motivaciones variables y sobredeterminadas hasta lo infinito, o a un *happy ending* que, posiblemente, borra la problemática de la muerte; o se llega a una desunión paulatina, como en el caso de las ya citadas uniones tradicionales legalizadas que languidecen lentamente.

e] *Separación bilateral*

Otra delimitación del tema surge de lo dicho, aunque sólo puede realizarse en forma aproximada: hemos buscado primordialmente aquellos casos en que la iniciativa de la separación surgió de ambas partes en forma consciente o fue convenida por ambos. Con ello queremos decir que hemos tratado de excluir las numerosísimas separaciones que tienen lugar en nuestra cultura por “abandono” de uno de los compañeros. Los límites entre estas dos situaciones naturalmente son difíciles de establecer claramente y aún podremos ver que los mecanismos de defensa de los amantes separados tienden, por una parte, a ver en el otro al “abandonante” pero, por otro lado, cuidan de que precisamente el otro sea visto en la situación del “abandonado”. Sin embargo, a grandes rasgos se puede trazar una línea que delimite nuestro problema: se trata primordialmente aquí de la separación aceptada por ambas partes como un sacrificio difícil, bajo la presión

de un "principio de realidad", cuya validez es aceptada por ellos conscientemente, de tal manera que su amor les parece "imposible".

En la situación límite, el amor "imposible" es un sistema paranoico. "Normalmente" no puedo amar a la reina de Inglaterra; ella puede gustarme, puedo entusiasmarme por ella, etc. Nuestra actual situación cultural favorece particularmente la formación de estas imágenes colectivas (princesas, reinas, cierto tipo de actrices) que, naturalmente, tienen un papel importante en la distribución colectiva de la libido. Sin embargo, *si yo amara* a Isabel II tendría que trasladarme a Londres, conocerla y por lo menos esforzarme activamente en ganarme su simpatía. Un amor "imposible" es desde un principio una renuncia masoquista al objeto de amor.

Aunque nuestro estudio versa sobre el amor supuestamente "imposible", se trata sin embargo de aquel que *ha sido satisfecho real y efectivamente* y que luego ha sido roto por un sistema de convicciones y convenciones. De tal manera que el problema del masoquismo es, hasta cierto punto, insignificante, pues aunque el componente masoquista tiene que desempeñar aquí algún papel, no es el decisivo. En todos los casos estudiados por nosotros el sentimiento de culpa desempeñó un gran papel; en todos ellos, por definición, el amor fue sacrificado a un sistema superyoico. El mismo concepto de "amor desdichado" se acerca al de la "falsa conciencia" de Hegel, puesto que —sin caer ahora en complicadas consideraciones teóricas— un amor afirmado es al mismo tiempo una correcta concienciación. Ambos deben ceder a la presión de las fuerzas mistificadoras que sustituyen el amor por un deber represor y la concienciación por una ideología. Un reflejo de la conciencia esclavizada y del amor humillado puede encontrarse en una expresión de una de nuestras jóvenes estudiadas, expresión que seguramente han repetido innumerables enamorados que se separaron. "Y, sin embargo, no quiero arrepentirme absolutamente de nada."

I. MECANISMOS DEL MORIR

Al comienzo de este trabajo queremos plantear ciertas hipótesis que examinaremos luego a lo largo del mismo.

El núcleo de nuestra problemática está constituido por *la vivencia de la muerte en una situación vital*. Expresado en forma más comprensible, el problema que nos ocupa, generalmente reprimido en la conciencia de quienes deben experimentarlo directamente, es *la vivencia de la muerte en mi conciencia* ocasionada por la separación, y, complementario a éste, el problema que narcisistamente es más mortificante para quien lo sufre: *la vivencia de mi muerte en la conciencia del otro*.

Repetimos que hemos abordado intencionalmente un problema limitado, cotidiano, y que es, no obstante, un problema craso: la situación de los amantes que, *a priori*, deben separarse por razones (¡vidas en el plano consciente!) de orden moral, religioso, social y utilitario. A no ser que se rechace de antemano la problemática mediante teorías prefabricadas de recurso a la trascendencia, habrá que reconocer que hay sobradas razones para hablar de una muerte de tal naturaleza en la separación; ¿qué nombre merece, si no, la extinción, viviendo corporalmente aún, en la conciencia del amado? A propósito, creemos que esta problemática puede servir quizá para abrir una nueva perspectiva sobre el hijastro del psicoanálisis, esto es, sobre la teoría de Freud acerca del "instinto de muerte". Desde la primera consideración del problema hay indicios que hacen suponer aquí la victoria de Tanatos sobre Eros, de un "instinto de muerte" o de un principio de muerte sobre la libido, aun cuando sea en nombre de la cultura, de la moral, del Superyó y de otros semejantes. Sea como fuere, ¿quién puede definir aquí con seguridad dónde está la "verdadera" vida y dónde la muerte? Del planeamiento anterior se desprenden verificaciones e hipótesis a las cuales nos vamos a referir brevemente.

a) *Catástrofe del Yo*

En la separación se produce una muerte en la conciencia (si para una vida superior, es algo que por ahora queda abierto y que de todos modos es discutible). De tal muerte en la conciencia surge *la desesperación*: dos personas estaban fundidas en una unión dual que sólo tiene un modelo: la "díada" madre-hijo; la pérdida del objeto de

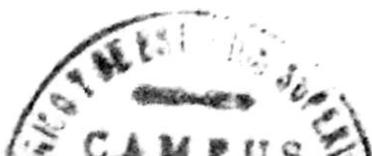
amor, que al mismo tiempo es fuerte objeto de identificación, conduce a una auténtica mutilación del Yo; a una catástrofe del Yo por la pérdida de la identidad (no debe negársele importancia, aun en el caso de que la unión dual estuviera supuestamente más cerca del Ello) y por tanto a una considerable regresión amenazante para el Yo. Para que la victoria de la muerte no sea absoluta, para que la muerte en la conciencia no se convierta en aniquiladora de la conciencia (psicosis) y para que a la muerte en la conciencia no siga la extinción física (morir psicossomático o suicidio), inmediatamente se ponen en juego *mecanismos de defensa*.

b) *La agresividad*

Al elaborar nuestro estudio nos impresionó la agresividad como primer mecanismo de defensa. Estudios psicoanalíticos anteriores (Freud, Lagache, entre otros) comprobaron que la aflicción, considerada en general como "no egoísta", contiene en realidad una gran dosis de agresividad y esconde el reproche: "¿Cómo pudiste abandonarme?" A nuestro modo de ver, la agresividad origina la desvalorización del ausente. El compañero respondía a poderosas esperanzas del ideal del Yo (aun cuando la conciencia registrara también aspectos negativos); ahora debe ser desvalorizado para que el Yo, profundamente lesionado, pueda reconciliarse con un ideal del Yo sacudido y decepcionado, y le sea posible seguir viviendo. Así, pues, en la situación descrita, la agresividad es, por tanto, un mecanismo de defensa, porque parece permitir una *desidentificación* con el objeto (el amor se transforma en odio), pero, a la vez, también permite una adherencia al mismo. Digamos al pasar que la entrada del ausente en la gloria de un panteón —culto institucional al antiguo amado, por así decirlo— constituye una de las formas más primitivas de introducir furtivamente la agresividad, burlando la censura del Superyó; además, es la forma más segura de hacer aceptar por parte del Yo, y al mismo tiempo declarar como definitiva, la muerte del ausente en la conciencia.

c) *La indiferencia*

Es otro mecanismo de defensa. Hemos escogido este término aun cuando para nuestro propósito sería más adecuado el uso de la expresión: "me importa un bledo". Este mecanismo existe incondicionalmente en la situación de separación, incluso cuando es incompatible con otros estratos de la personalidad, provoca su represión y su rechazo de la conciencia. Los factores del "me importa un bledo" ante todo son: disminución del Ideal del Yo, debilitamiento del Yo por la *desidentificación* e inflación correlativa del narcisismo.



101359

4225

d] *Huida hacia adelante*

El "me importa un bledo" no está en capacidad de rechazar con éxito la desesperación, pues contradice al Superyó y al Yo que aún se defiende. Lleva claros rasgos de una fuerte inhibición depresiva y debe, por su parte, ser rechazado. Como nuevo mecanismo de defensa se pone en juego ahora *la huida hacia adelante*. La huida hacia adelante está determinada, ante todo, por el Superyó, con miras a la conservación del Ideal del Yo y se manifiesta primordialmente como huida en la *actividad*, escape constante en tal situación, especialmente en las personas conformistas y obsesionadas por el deber. Una aparente alternativa es *la huida en busca de placeres*, sostenida más bien por el Ello; también esta fuga está siempre presente, aunque a veces en forma muy sublimada. Las dosis flotantes de libido buscan nuevos objetos. Algunos llegan a pensar que se debe buscar un sustituto. En este caso el mecanismo de desplazamiento es un elemento no despreciable: se mata mejor cuando ya se le tiene un sustituto al muerto. El Yo mortificado necesita consuelo y sabe, por las experiencias pasadas, que el placer puede proporcionárselo; pero en general se equivoca. Estas dos formas de huida hacia adelante tienen, pues, como finalidad, dirigir la libido flotante, liberada por la defensa del Yo contra la regresión profunda, hacia un objeto aceptable para el Superyó o el Ello.

Sobra insistir en que los mecanismos de defensa no se presentan siempre en este orden cronológico ni permanecen aislados en forma tan exacta. Más bien, están entreteljidos y ocasionalmente pueden ponerse en conflicto entre sí (como las diferentes posiciones defensivas de una ciudad en guerra); son más o menos conscientes (en general más inconscientes) y se dirigen lentamente hacia la meta, a veces en forma muy imperfecta.

e] *Ideologización*

¿Cuál es esta meta? ¿Qué aspecto tiene esta depuración? Ciertamente ella hace su aparición (si uno no muere antes); es la última *racionalización* que hace de la necesidad (entendida literalmente a partir de la catástrofe del Yo) una virtud. Esta virtud es múltiple: filosofía estoica, autoconciencia heroica, escepticismo moderado, devoción religiosa. Son múltiples las máscaras de la *ideología* que legitiman la muerte. También es posible el auténtico enriquecimiento psíquico (posiblemente mucho más raro de lo que suponen quienes buscan y prodigan consuelo) porque la vida utiliza los más diversos materiales para su progreso. Sin embargo, es poco probable conseguir este enriquecimiento de la vida por una ideología mistificante o por una falsa con-

ciencia; es más probable que la ideologización sea, en última instancia, la afirmación de cierta rebelión y en esta forma constituya una victoria parcial sobre la muerte padecida. Por tanto, es probable que ella sea más bien un "no" que un "sí" frente a la separación.

De todas maneras el problema de la separación es uno de los que más claramente pone de manifiesto "el malestar en la cultura". Solamente mediante un estudio más amplio podremos sustentar la hipótesis relativa a que las manifestaciones de la separación son realmente fomentadas por las fuerzas de la muerte. Esta relación con la muerte la hace posible una sociedad opresora que favorece la represión —muerte de la conciencia—, la cual obstaculiza la integración de los instintos parciales en una autosublimación y que propaga la falsa conciencia. Pero, además, la socialización también pertenece al proceso dialéctico de la concienciación progresiva del hombre, a la vuelta hacia sí mismo a partir de la alienación de la falsa conciencia. No nos proponemos solucionar esta contradicción, sino demostrarla en un fenómeno concreto. La sociedad es el instrumento de la alienación humana y al mismo tiempo el instrumento de su superación. Por un lado encontramos la estructura social opresora, aliada de la muerte, y por otro lado encontramos cómo la modificación de tal estructura es un requisito para la superación de la última alienación —la alienación de la muerte física.

Cuando la naturaleza toma conciencia de sí misma, inevitablemente tiene que considerar la muerte como una limitación que debe ser superada; así, pues, por medio de la conciencia y de la praxis adecuada, ella busca superar todas las manifestaciones físicas y psíquicas de la muerte: separación, represión, alienación.